

## Centroamérica ante los viajeros del siglo XIX

---

### Notas y comentarios sobre acontecimientos y experiencias vividos durante mis viajes por México y Centroamérica

— William T. Penney

Los liberales que llegaron al poder en Guatemala durante la revolución de 1871 optaron por un período de desarrollo económico para el país. Elementos cruciales para sus planes eran mejores transportes y comunicaciones, con el fin de permitir una amplia exportación cafetalera y de otros productos tropicales. En la década de 1870, por comunicaciones "modernas" se entendía ferrocarriles, por lo que el nuevo régimen comenzó casi de inmediato a firmar contratos para la construcción de vías férreas. La primera en ser concluida fue una línea al puerto de San José en el Pacífico, pero los principales mercados y abastecedores conducían hacia el norte: Europa y los Estados Unidos y, para un intercambio comercial eficiente con dichas regiones, era necesario un enlace ferroviario con la costa norte.

Varios empresarios privados firmaron contratos para construir un "ferrocarril del norte", pero todos fracasaron en la obtención del capital adecuado. Finalmente, en 1881, el presidente Justo Rufino Barrios hizo de este proyecto un esfuerzo nacional, decretando una contribución obligatoria especial para reunir los fondos necesarios y trayendo ingenieros del extranjero para iniciar los trabajos. Con el caos que imperó durante la invasión de Barrios a El Salvador y su subsecuente muerte, el esfuerzo fracasó y no se revivió hasta la década de 1890. El presidente José María Reyna Barrios instauró impuestos especiales para los ferrocarriles y hacia 1898 la construcción había llegado hasta El Rancho. La muerte del principal contratista y la caída de los precios del café durante ese año contribuyeron a la suspensión de los trabajos nuevamente. En 1904, el presidente Manuel Estrada Cabrera transfirió las vías existentes a la United Fruit Company, que trajo la línea a la ciudad de Guatemala en 1908.

Durante las décadas de 1880 y 1890, eran pocos los guatemaltecos que tenían experiencia en la construcción de vías férreas. Para resolver este problema, el gobierno empleó contratistas extranjeros,

principalmente norteamericanos, quienes ofrecieron construir secciones específicas de vías y puentes. Puesto que los guatemaltecos no querían trabajar en las pestilentes tierras bajas del norte, la mayoría de la mano de obra común era también extranjera, integrada principalmente de negros reclutados en Nueva Orleans y en las Antillas occidentales. Uno de los hombres que vino a trabajar en la línea fue un canadiense de nombre William Thomas Penney, quien naciera en Quebec alrededor de 1860 y empezara a trabajar a la edad de 14 años para la Phoenix Bridge Company. Tras haber obtenido experiencia en la construcción de puentes y viaductos en los EE.UU., se asoció con Harry Givler y emprendió varios contratos con el ferrocarril de Tehuantepec en México. De ahí vino a Guatemala a principios de la década de 1890 y encontró empleo en varios proyectos de ingeniería, en los cuales se incluía el ferrocarril del norte. Tuvo mucho que ver con la construcción del puente de Las Vacas, en las inmediaciones del norte de la ciudad de Guatemala. Entre contratos en Guatemala emprendió varios trabajos en Honduras y viajó ampliamente a través de México, Centroamérica y las Antillas occidentales. En 1899, a petición de su familia, relató algunas de sus experiencias en un manuscrito inédito de casi doscientas páginas, actualmente parte de la colección de la Latin American Library de la Tulane University.

Penney escribió en el mordaz y sarcástico estilo popular, común entre los relatores de viajes en América Latina al final del siglo pasado; dejó una colección inédita de cuentos cortos en este género. Su prosa está llena de racismo —“los negros son mañosos”— y de lo burlesco de todos los centroamericanos y de todo aquello que es centroamericano y que agita al lector moderno, pero que los norteamericanos daban por hecho a principios de siglo. El extracto presentado aquí se refiere a Puerto Barrios y a la construcción del ferrocarril en la costa norte en la década de 1890. Revela un lugar y un tiempo ampliamente ignorado en la historia guatemalteca.

Penney murió en 1921 y fue sepultado en Nueva Orleans. Sus descendientes viven aún en Guatemala.

—David McCreery

A todo esto Harry había decidido regresar a la ciudad de México, mientras que yo y otros cuatro habíamos resuelto ir a Guatemala. Teníamos la intención de comprar 50 caballos para venderlos durante el trayecto o después de llegar a la ciudad de Guatemala. Al final, tres de los hombres se regresaron porque teníamos que hacer todo el camino a caballo, lo cual nos llevaría unos 38 días según nuestros cálculos y también porque ya habían empezado las lluvias. Así que tuvimos que desistir de la idea de viajar a caballo y yo y otro decidimos ir en buque de vapor. A última hora este hombre también se negó a ir. Todos ellos trataron de impedirme que fuera arguyendo que tendría que regresar a pie. Pero finalmente emprendí el viaje en un vapor del correo del Pacífico y después de una travesía de tres días muy agradable llegué al puerto de San José de Guatemala.

La ciudad de Guatemala está situada entre las montañas del interior a una altitud de poco más o menos de 5000 pies y queda a unas 75 millas del puerto. En el puerto de San José hace mucho calor, mientras que en Guatemala, especialmente por las noches, hace bastante frío. El viaje a la ciudad es de lo más agradable y en las diferentes estaciones se puede comprar toda clase de frutas tropicales con pocos centavos. Por espacio de unas tres millas la carretera bordea un bello lago llamado Amatitlán, que tiene aproximadamente una milla de ancho y en algunos lugares es tan caliente que casi no se puede meter la mano en el agua, si bien en otros es bastante frío. Se pesca donde el agua es más caliente. El lago es muy profundo y en realidad no es más que el cráter de un volcán extinto inundado de agua y está situado a tres cuartos del camino que va del puerto a la capital. Esta última está situada en un valle poco profundo sobre las montañas y se parece a todas las otras ciudades de Centro y Sud América en que todas las casas son de un solo piso con rejas en las ventanas.

Aquí me encontré con algunos hombres que conocía y todos ellos me aconsejaron que me regresara. Sentado en la plaza en la mañana del segundo día considerando si me marchaba o no, decidí echarlo a cara o cruz, cara para marcharme, cruz para quedarme; cayó cruz, así que decidí entrevistarme con la gente del ferrocarril y la suerte quiso que acabaran de ordenar

a mi compañía, el Fénix, la construcción de un galpón para trenes y que estuvieran a punto de telegrafiar para que viniera un hombre a construirlo. Conseguí que el Administrador General telegraficara, a costa mía, diciendo que yo estaba allí y quería levantar el galpón. La respuesta no se hizo esperar: "Adelante Penney —fije las condiciones".

Así que hice un contrato con ellos y le telegrafié a Givler para que viniera, lo cual hizo sin dilación y me ayudó en el trabajo. Después de esto, como no salía nada nuevo, Givler regresó a México para esperar que se reanudara la construcción del ferrocarril de Tehuantepec. No lo volví a ver hasta dos años después cuando regresó a Guatemala. A todo esto el Administrador General del Ferrocarril quedó tan satisfecho con el trabajo, que me dió una carta de recomendación para el gobierno. En base a esta carta, se me encargó reparar un viejo puente colgante situado a unas cinco jornadas de la ciudad. El camino que conducía a él no era más que un sendero estrecho. Conmigo llevaba una carta del gobierno para que toda autoridad que encontrara en el camino me prestara toda ayuda que estuviera en su poder y me proporcionara hombres para cargar los materiales. Armado con esta poderosa misiva, conseguí unos 150 hombres para cargar las herramientas, tablas, pintura, etcétera, por lo que salimos de la ciudad con un pequeño ejército de porteadores muy cargados.

Tenía que pasar por tres distritos diferentes y en cada uno de ellos debía conseguir más hombres. Sufrimos muchos contratiempos; las espaldas de los hombres se resintieron con el peso de las tablas y, como los senderos eran a menudo muy angostos y las tablas se cargaban transversalmente, de vez en cuando los hombres tenían que trabajar de lado. Uno de los hombres se cayó y la tabla que llevaba se fue rodando por un declive; allí la dejamos. Cuando nos deteníamos para pernoctar, siempre en algún pueblo, tenía que encerrar a los hombres para impedir que se escaparan. Finalmente llevamos todos los materiales hasta el puente y empezamos a trabajar, pero la mala suerte quiso que al poco tiempo de estar allí me sobreviniera un horrible dolor de muelas y que tuviera que regresar a la capital, en un viaje que duró cinco días, para que me extrajeran el diente malo. Dos noches de ese viaje

tuve que dormir en el suelo de un ranchito indígena —las pulgas me atacaron a montones y casi me la pasé en vela. Finalmente terminé el trabajo con éxito y regresé a la capital, donde permanecí ocioso durante dos meses.

Durante ese tiempo me aburrí mucho porque siempre había estado acostumbrado a trabajar; además, hay pocas cosas de interés en qué ocuparse. Sin embargo, una de ellas es el Camposanto, que es el nombre que aquí se usa para cementerio. Está completamente rodeado por un muro muy grueso y en algunos lugares alcanza hasta diez pies de ancho y está cubierto de nichos a intervalos regulares lo suficientemente grandes para introducir un ataúd a lo largo. Se mete el ataúd en el nicho, se sella éste y se pinta el nombre del difunto en la lápida. Hete aquí, archivado como un documento hasta que se te agote el tiempo y tengas que volver a pagar alquiler. Si no se paga el alquiler, sacan los restos y los tiran al osario, el cual en este cementerio es muy grande.

Centroamérica es un refugio para los prófugos de los EE.UU. Este servidor se cruzó con muchos de ellos, aunque por lo general averiguó lo que eran cuando ya se habían marchado. Una vez me encontré con un tipo muy agradable que había llegado recientemente de Nueva Orleans y nos hicimos buenos amigos. Llevaba aquí unos diez días cuando una noche que salimos a cenar juntos se le acercaron dos hombres y lo hicieron prisionero. “Métame la mano en el bolsillo”, me dijo en voz baja, pero yo no lo hice, no fuera que me implicaran de alguna forma. Después supe que en el bolsillo llevaba diamantes valorados en \$50,000. Lo mantuvieron encarcelado hasta que llegaron de Nueva Orleans los funcionarios correspondientes para hacerse cargo de él. Se había fugado de los EE.UU. con unos \$100,000 en dinero y joyas que le había robado a su cuñada, la cual mandó en su busca a un abogado para intentar persuadirlo de que devolviera los objetos de valor; a este abogado lo enterraron aquí pues murió al día siguiente de haber llegado; corrieron rumores de una jugada sucia, pero se echó tierra al asunto y los pocos extranjeros que aquí había lo acompañamos hasta la tumba. Era un hombre muy alto y cuando metieron el

ataúd en el nicho se dieron cuenta de que unas diez pulgadas quedaban afuera. Se celebró el entierro y el enterrador nos aseguró que ahondarían el nicho.

Otra cosa digna de verse es la iglesia del Carmen, construida sobre un cerrito de los suburbios de la ciudad. Tiene varios cientos de años, está rodeada de almenas que le dan la apariencia de un castillo y contiene varias pinturas al óleo antiguas. Como todas las iglesias de estos lugares, bajo el piso hay una cripta donde en tiempos antiguos enterraban a los sacerdotes. Le pagué cinco pesos a la encargada para que nos permitiera bajar a la cripta (dos norteamericanas iban conmigo). La iglesia parece estar abandonada a no ser por la vieja cuidadora. Finalmente nos permitió bajar solos a las criptas pero nos dijo que ella se iría. Nos mostró la trampa y después de darnos una vela se fue a otra parte de la iglesia. Descendí por una escalera de mano que encontramos y después de encender la vela invité a las dos señoritas a bajar. Una de ellas no quiso. La otra bajó y encontramos urnas llenas de huesos en todos los muros y aunque no se lo dije, sospecho que estábamos parados sobre varios pies de huesos ya que el suelo me pareció algo blando. Me metí en la bolsa algunos de los huesos pequeños, a pesar de las protestas de mi acompañante, aunque después aceptó algunos. Algunos de los huesos me los metí en una bolsa que raras veces usaba y no los encontré sino hasta después de un tiempo. Cuando salimos no se veía a la mujer por ningún lado, así que puse la escalera por ahí y abandonamos la iglesia. Las señoritas que me acompañaban eran extranjeras, una era inglesa y la otra norteamericana, andaban de turistas y sus amigas me las habían encargado para visitar algunos lugares de interés. Los días siguientes los pasamos explorando otra iglesia. Nos permitieron bajar a las criptas —las chicas estaban casi muertas de miedo porque los muros estaban llenos de esqueletos de sacerdotes, colgados de los muros en sus vestiduras sacerdotales, con sus horribles calaveras echadas para un lado: a mí me hicieron mucha gracia— supongo que los huesos estaban unidos con alambre. En los pisos de la parte central de la cripta había montones de huesos que a la luz chisporroteante de la vela ofrecían una apariencia de ultratumba, de manera que cuando salimos las

señoritas dijeron haber visto ya bastante de criptas y lugares tan horribles.

También fuimos a la ciudad de Antigua, que significa la antigua capital de Guatemala. Esta república o país ha tenido tres capitales: la primera, de la cual quedan muy pocas ruinas, fue destruida por una inundación de la manera siguiente: El lugar estaba situado cerca de dos volcanes, el uno extinto y el otro a punto de estarlo. Al paso del tiempo, el cráter del volcán extinto se llenó con el agua de las fuertes lluvias; un día el cráter se reventó y un gran volumen de agua cayó sobre la devota ciudad arrasándola casi por completo, de manera que en la actualidad sólo se pueden ver algunos de sus restos, en realidad sólo pedazos de muro aquí y allá. Poco a poco la gente regresó y empezó a construir la segunda ciudad, Antigua, sabiendo que no iba a pasar lo mismo pues el cráter estaba tan roto que no podía acumular agua; de manera que cerca del antiguo lugar levantaron una ciudad muy bella que a su vez fue destruida por un terremoto. Todas las magníficas iglesias fueron destruidas, lo cual ofrece un panorama desolador aunque interesante al contemplar las ruinas caídas e imaginar lo bellas que debieron haber sido antes de ser abatidas. La ciudad no está desierta, ya que tiene varios miles de habitantes y habiendo visto varios nuevos edificios en construcción, concluimos que algún día puede volver a ser un lugar importante. Queda a seis horas de camino de la ciudad de Guatemala y está situada en medio de plantaciones de café. Es un lugar maravilloso y disfrutamos mucho nuestra estancia allí.

Qué diré de la ciudad de Guatemala, la tercera y actual capital. Para evitar terremotos, está construida sobre una planicie totalmente rodeada por un inmenso barranco. Este pequeño valle, si así se le puede llamar, o barranco, tiene una profundidad media de 300 pies y una anchura de 1,000 pies.<sup>1</sup> No sabría decir si esta cima sirve o no de protección contra los terremotos, pero hasta ahora no se han sentido temblores lo suficientemente fuertes como para causar daños materiales.

---

<sup>1</sup> Valle del Panchoy (nota del editor).

Después de que las señoritas hubieron visitado todos los lugares de interés, para mi pesar se fueron con sus padres y a mí me salió otro contrato, a las dos semanas de haberse ellas marchado, en otra parte de la república, en el corazón de la región cafetalera, a siete días de camino de la capital. Esta vez contraté a seis hombres blancos y les mandé que se adelantaran a pie: yo y otro hombre los seguiríamos a lomo de mula llevando con nosotros otras dos bestias cargadas con dinamita bien escondida, ya que si se hubiera sabido que estábamos cargando explosivos, nos habrían detenido. Cada noche metíamos las cajas en nuestros dormitorios para hacer creer a la gente que era inofensiva. En una ocasión una de las mulas cargadas con el material se cayó y mucho temí que estuviéramos perdidos, pues si hubiera estallado la dinamita no nos habrían vuelto a ver, ya que allí había bastante para acabar con todo un pueblo.

Pasamos por lugares maravillosos cuyo encanto yo no supe apreciar, pues todo el tiempo iba pensando en la dinamita. Una noche nos detuvimos en Quezaltenango, la ciudad más alta de toda la república y la segunda en población. Está a unos 9,000 pies sobre el nivel del mar, es fría y cada noche el lugar parece estar envuelto en una magnífica niebla o nube húmeda. Salimos de allí a las dos de la tarde con la esperanza de llegar al siguiente pueblo antes de que oscureciera, pero la noche se nos echó encima en las montañas y nos vimos obligados a acampar. Casi me muero de frío por una nube que nos cubrió durante toda la noche y la mañana sopló una brisa helada, la cual fue mucho peor que la niebla.

Durante todo este tiempo, el Ferrocarril del Norte había estado en construcción y cuando regresé a la ciudad de Guatemala me dirigí a su representante y sin dificultad se me concedió el contrato para los trabajos del puente. Después de algunos preparativos me fui a la costa norte. Este ferrocarril comenzaba en Puerto Barrios, llamado así en honor a uno de los presidentes; está situado en la costa atlántica y recorre una distancia de 195 millas hasta la ciudad de Guatemala propiamente dicha. La vía férrea en realidad había sido comenzada unos doce años antes y se había construido 5 millas cuando estalló una revolución y el trabajo fue abandonado. Se envió



un buque de guerra norteamericano para recoger y devolver a los EE.UU. a los hombres que habían sido abandonados a su suerte y muchos de ellos literalmente se estaban muriendo de hambre. No se hizo nada más hasta un año antes de mi llegada al país cuando un contratista, Silvanus Miller, se comprometió a terminar el trabajo. El Señor Miller ya murió pero construyó unas 125 millas de la vía ferrea.

Un norteamericano y yo cojimos camino para la costa acompañados por un sirviente mexicano. Fue una pequeña odisea, de siete días a caballo y dos días en buque de vapor. El joven que me llevé de tenedor de libros se degeneró de la manera más sorprendente. Era muy culto, ni más ni menos que de San Francisco, California, y estaba casado con una mujer muy hermosa; para abreviar mi historia, dio en beber el aguardiente nativo, puso su empleo a disposición mía, anduvo sin rumbo fijo por algún tiempo y, finalmente, se puso a vivir con una mujer indígena en la suciedad y la pobreza, pero al parecer contento. Este me pareció un caso en extremo extraordinario, pero no fue de ninguna manera el único parecido que presencié.

Cuando llegamos al lago Izabal, después de siete días de viaje, éramos dos individuos asqueados pero no desanimados. En una de las noches del trayecto llegamos a una pequeña aldea indígena y los habitantes nos dieron permiso para ocupar uno de sus ranchos. Este rancho no era diferente ni mucho menos de los otros que habíamos usado a lo largo del viaje, ya que ahí estaban los ocupantes de ley de la única habitación—cerdos, perros, gallinas y niños—añada a lo anterior un piso de tierra sucio y ahí tiene la morada indígena corriente. Nos dimos cuenta de que todos parecían estar enfermos, pero suponiendo que se trataba de la fiebre común no le prestamos especial atención al hecho y extendiendo nuestras frazadas tratamos de dormir un poco, pero quién puede dormir con los niños llorando, los cerdos chillando, los hombres maldiciendo y las gallinas participando de vez en cuando en el alboroto; pero lo peor de todo eran las pulgas, ¡pulgas que no habían absorbido sangre Dios sabe desde cuándo! Imagine el lector cuánto dormimos y lo dulces que debieron haber sido nuestros sueños. Justo antes de partir, más o menos al alba, pregunté

de qué estaba enferma la gente y la mujer me dijo que era viruela pero añadió que estaban mejorando. Como es natural, salimos de allí más corriendo que andando y temblando de miedo. Después nos enteramos de que la viruela estaba causando estragos en todos los pueblos indígenas.

El último día del viaje nos cruzamos con un joven extranjero que parecía muy necesitado, incluso calzaba las sandalias nativas, las cuales sólo usan los blancos cuando están en la miseria. Cuando unas horas más tarde nos detuvimos para comer volvió a pasar, entonces lo llamé y lo invité a que se uniera a nosotros, lo cual hizo de buena gana. En efecto, más tarde me confesó que hasta el momento de encontrarnos había vivido de lo que podía conseguir de limosna, junto con las palomas que podía matar con un bumerang que había hecho con pedazos de caucho. Nos lo llevamos con nosotros y le conseguimos trabajo en el ferrocarril, donde se quedó el tiempo necesario para ahorrar suficiente dinero para regresar a Quebec.

Cuando nos encontramos con el joven apenas estábamos a medio día de camino del lago Izabal. Aquí debíamos dejar los caballos y sacar pasaje en un pequeño vapor lacustre. Como todos estos lagos, se trata de un bello manto de agua rodeado de selva impenetrable, excepto donde está situado el pueblo de Izabal. Del lago al océano, el río no se puede comparar a ninguna cosa que jamás haya visto, tanto por sus paisajes como por su placidez. El río se llama Río Dulce y en el pequeño pueblo de Izabal encontramos a una familia norteamericana que se había establecido allí justo después de la guerra civil y desde entonces vivían en el lugar. La familia sólo la componían el esposo y la esposa, quienes fueron muy buenos conmigo; después supe que eran muy ricos. Prefieren vivir en ese recóndito y bello lugar, viajando a los EE.UU. cada año pero siempre regresando, donde imagino que algún día morirán y serán enterrados. Siempre los recordaré porque la noche que pasamos con ellos nos trataron magníficamente. Es en las inmediaciones de este lago donde, según cuenta la tradición, los españoles obtuvieron la mayor parte de su oro, pero en esos días los piratas eran muy molestos a lo largo de la tierra firme, que es la costa atlántica, a todo lo largo de

aquí. Podría relatar muchas leyendas curiosas y entretenidas de esta costa. Se pueden ver los restos de muchos fuertes españoles antiguos con los cañones tal y como los dejaron. Yo sé de un antiguo fuerte español en la costa atlántica, no lejos de Izabal, con muros de 60 pies de grueso y celdas construidas en ellos. Contiene más de 200 cañones viejos y oxidados y está completamente abandonado. Poca gente visita el lugar, el cual está en ruinas y lleno de vegetación. Cuando íbamos río abajo pasamos por delante de dos de estos fuertes, pudiendo ver en uno de ellos el viejo cañón haciendo guardia sobre el río, siempre listo para los piratas. El lugar tenía una apariencia lúgubre y tanto españoles como piratas hace tiempo que dejaron de existir, viviendo sólo en las historias fantásticas y misteriosas que de ellos se cuentan.

Durante el viaje matamos varios lagartos; el río está infestado de ellos. En el lago también hay un animal llamado manatí, el cual tiene una piel gruesa y dura con la que los nativos fabrican canoas. Con la piel también se hacen látigos, pero está prohibido azotar a alguien con uno de ellos pues se cree que son mortales. En efecto, poco antes de nuestra llegada, un funcionario del gobierno castigó a un pobre soldado con uno de ellos. Ambos murieron: el soldado por los efectos de la paliza y el funcionario por una bala en la cabeza, disparada por orden del gobierno.

Al llegar a Livingston vi por primera vez el mar Caribe. Una parte de Livingston me recuerda a una parte de los EE.UU. porque las casas están construidas con tablas; las viviendas de la otra parte más grande son de adobe con techo de palma. Aquí encontramos a los caribes, los indios más limpios, más feos y más perezosos que jamás he visto. Viven de la pesca y también cultivan suficiente plátano para mantenerse. Pescado, plátanos, casabe y un poco de azúcar constituyen su sustento. El casabe se hace de la harina de un árbol muy venenoso que crece en estado salvaje en la costa. Se hacen tortas inmensas —he visto algunas de tres pies de diámetro y cuatro pulgadas de espesor. En cuanto al sabor, creo que lo que más se le parece es el aserrín hervido y aunque ellos dicen que es muy nutritivo, yo tengo mis dudas. Antes había muchos árboles para hacer casabe en Livingston

y sus alrededores, tantos que los caribes no hacían nada más que depender totalmente de los árboles para su sustento. El presidente ordenó cortarlos todos, de manera que ahora los únicos que se encuentran son los de los huertos de los extranjeros.

La lengua caribe no hay quien la entienda, pues se parece exactamente al chillido de un mono, sólo que el griterío de un mono es todavía más parecido a una lengua. Se adentran en el mar lejos de la costa remando con una especie de pagaya filipina y navegando en sus canoas llamadas "cayucos", algunos de los cuales tienen el tamaño justo para llevar a una persona y otros son lo suficientemente grandes para cargar y transportar hasta treinta personas. Por extraño que parezca, están hechos de un solo tronco y sólo un experto se puede sentar en uno de los más pequeños, ya que se vuelcan con facilidad. Los caribes les dan vuelta para divertirse y después vuelven a subirse en ellos; si sólo es una persona la que se tiene que subir lo hace por un extremo; si son dos, por los lados, pero al mismo tiempo para equilibrar la barca.

En Livingston oímos cosas horribles de Puerto Barrios. Según ellos es un lugar peligroso donde por lo menos la mitad de los hombres se mueren. Luego descubrí que, después de todo, no era una exageración. Alquilamos una pequeña balandra que nos llevara desde Livingston y con un viento favorable llegamos en cuatro horas.

Mis primeras impresiones de Barrios fueron malas y entre más tiempo viví allí más me convencí de que eran correctas, aunque pude haber sido influenciado por las historias que había oído del lugar. El viento dejó de soplar cuando estábamos a media milla de la costa, obligándonos a terminar el viaje en cayucos y, para castigar aún más nuestros ánimos, empezó a caer una llovizna pertinaz. Imagínense una playa plana y baja hasta donde la vista alcanza y añádanle una hilera de chozas miserables y de poca altura, la cual tapa parcialmente el paisaje de las montañas del interior, el negro mar bañando indolentemente la costa sin apenas una ola. Si nos acercábamos a tierra, podíamos ver unos cuantos riachuelos negros que depositan sus aguas silenciosas en el mar sin vida. Una hilera de edificios blanqueados, que indican donde comienza

el ferrocarril, de alguna forma le dio vida a todo el panorama. Un gran muelle bajo y pintado de negro se interna en el agua por espacio de unos cien pies; aquí desembarcamos, mientras que una docena de hombres blancos y de color que se habían tomado la molestia de caminar hasta el final del muelle para ver quiénes éramos, nos miraban atenta y curiosamente. Las caras de los hombres blancos eran de un lastimoso color gris amarillento causado por las fiebres y todos parecían decaídos y sucios. Como no conocía a ninguno de ellos nos encaminamos hacia los edificios blanqueados, uno de los cuales era la inevitable taberna. Aquí me encontré con varios hombres que había conocido en México y recibí una cordial bienvenida. Entre manifestaciones de euforia me informaron que los pantanos de México no eran nada comparados con los de aquí, que los hombres estaban muriendo como moscas y que las peores cosas que yo hubiera oído del lugar eran ciertas. Efectivamente, en cualquier parte de la costa si uno se salía de la acera, se hundía hasta las rodillas en un lodo hediondo.

Esa tarde me dediqué a recorrer el pueblo para ver todo lo que hubiera de ver, lo cual no consistió en un paseo holgado, sino en un caminar de arriba abajo, ya que el lugar se extendía en el lodo como el largo cordón sucio y negro de un zapato. Al final del pueblo, en realidad a media milla regresando de la playa, estaba el hospital. Tenía algunos amigos allí, así que fui a visitarlos. En el camino nos cruzamos con dos negros que llevaban dos ataúdes hacia el *Monkey Hill*,<sup>2</sup> que es como llaman al cementerio. Parece que los extranjeros han apodado *Monkey Hill* a todos los cementerios de la costa, mientras que los nativos los llaman "camposanto", lo cual no quiere decir que todos los que están enterrados allí sean santos. De hecho, si uno tuviera la autorización legal para realizar una investigación ceñida al código moral, no podría encontrar un santo o los restos de uno en ninguno de los muchos camposantos.

Cuando llegamos a Puerto Barrios estaban enterrando en el *Monkey Hill 2*, ya que el *Monkey Hill 1* hacía tiempo que se

---

<sup>2</sup> Literalmente, el cerro del Mono (nota del traductor).

había llenado con los que originalmente habían comenzado el trabajo. Los lugares 1 y 2 eran pequeños cerros que se elevaban de cientos de millas de pantano estancado. Antes de dejar el ferrocarril vi que el camposanto 2 estaba tan lleno que no podían cavar otra tumba sin que se toparan con el ataúd de alguien enterrado anteriormente. Después de algún tiempo se decidió rellenar con tierra los alrededores y el puerto propiamente dicho para elevarlo un poco más alto que los terrenos circundantes y así deshacerse un poco del lodo estancado; y, ¡ah!, ironía del destino, los *Monkey Hills* eran los únicos lugares de donde se podía sacar material para el trabajo. Y como el 2 era el último, se decidió deshacer el 1 y extender la tierra en una capa de cuatro pies sobre el puerto. Así que imaginaos una excavadora de vapor trabajando en la última morada de los pioneros del Ferrocarril del Norte. Se dieron órdenes para que se recogieran los huesos y los pusieran con sus nuevos compañeros en el 2; pero a decir verdad, yo he visto huesos regados por el puerto. Así terminaron algunas señoras norteamericanas, esposas de algunos empleados, quienes se quejaron horrorizadas. Después de esto se recogieron cuidadosamente los huesos en la excavadora de vapor, aunque yo he visto cómo la máquina arranca los ataúdes y esparce los huesos de los pobres tipos, cuyas madres y esposas quizá estuvieran esperando el regreso de sus seres queridos. Pero, para ser justos, se dejó de excavar donde había mayor concentración de huesos, porque los hombres se negaban a trabajar en semejante lugar. Sospecho que creyeron que serían espantados por los espíritus de los difuntos vestidos de overoles desteñidos y llevando zapatos viejos y rotos.

En el hospital encontré a dos hermanos, uno de los cuales murió al día siguiente, el otro se recuperó y volvió al trabajo. Por entonces, estaban llegando en el buque de vapor que venía cada semana procedente de Nueva Orleans de 70 a 80 negros que eran enviados inmediatamente a los campos. Estos hombres costaban a los contratistas unos 38 pesos cada uno, lo cual cubría el costo de su pasaje, el dinero pagado al agente laboral de Nueva Orleans, junto con una frazada y un mosquitero para cada hombre. Las promesas que les hacían a estos pobres hombres para inducirlos a venir a Barrios eran

irrisorias: por ejemplo, llegaban cocheros en cada vapor: ¿se pueden acaso manejar coches en los pantanos? Una vez que se subían al vapor estaban perdidos; siempre había muchos tratando de desertar y huir para no tener que devolver el dinero de su pasaje.

Escapar era muy difícil y muchos desgraciados murieron en los pantanos. Uno de ellos regresó al campamento hecho un mendigo —había estado perdido en parajes solitarios durante diez días y se había vuelto loco. Pasar una noche en el pantano sin un mosquitero era casi mortal. Los terrenos pantanosos se extendían hacia el interior unas 30 o 40 millas y cientos de millas a lo largo de la costa, de manera que uno se da cuenta de que era una empresa heroica el solo hecho de tratar de escapar. De hecho, muy pocos lo conseguían y, después de vagar durante días y soportar toda clase de penalidades, la mayoría de los fugitivos regresaban a los campamentos. Llegando a unas cuarenta millas de la costa, muchos consiguen escapar. Algunos de los contratistas perdieron miles de dólares de esta manera. Cuando eran capturados y traídos de regreso, lo cual siempre estaba a cargo de soldados, eran castigados severamente, siendo la forma más común el ponerlos en el cepo. En los pueblos y en muchas de las haciendas se pueden ver cepos antiguos corrientes —a los desertores se les deja allí durante la noche. Algunas veces también los azotaban con una culebra negra. A un contratista, de cuyo nombre no quiero acordarme, le trajeron dos fugitivos cuando yo estaba en su campamento. A mediodía vino a almorzar y cuando vio a los dos hombres los saludó afablemente, llamándolos Jim y Jack y preguntándoles por su salud. Uno habría creído que eran viejos amigos que regresaban de un largo viaje, pero me di cuenta de que no les dieron almuerzo. Cuando acabamos de almorzar se acercó a ellos y les preguntó que si no creían que merecían ser castigados, estos repondieron llamándolo capitán y prometieron no volver a marcharse si tan sólo les diera trabajo. Les aseguró que les creía, hablando siempre con una sonrisa en los labios. Luego llamó a algunos de los otros negros y ordenó que ataran a uno de los hombres a un árbol y, poniendo una culebra negra en las manos del otro, lo obligó a golpear a su compañero de una manera cruel; luego, soltando

al que estaba atado, hizo que ataran al otro y poniendo el látigo en las manos del primero le dijo que lo azotara, lo cual hizo de buena gana. Estas son algunas muestras de lo que ocurría diariamente, pero debo decir que los negros raras veces eran castigados a menos que lo merecieran, y cuando esto sucedía, se hacía de forma que no interfiriera en su trabajo —lo más importante era explotarlos tanto como fuera posible. Lo más lastimoso de todo —y ocurría con bastante frecuencia— era cuando los hombres que estaban trabajando [en la vía férrea] adelante del campamento regular, morían completamente solos. Y ocurría de esta manera, una gran parte de la nivelación era subarrendada a los hombres que cogieran una estación o “joroba”, como la llamaban, para lo que el contratista les daba un subcontrato, generalmente unos doscientos pies para ellos solos, algunas veces cuatro o cinco millas adelante del campamento y también completamente solos. Ellos o él, según sea el caso, se lleva una carretilla, una pala, una cacerola y unos cuantos artículos de primera necesidad, incluyendo provisiones para una semana o diez días; después ya no se les ve la cara hasta que regresan por más comida o uno va a ver qué tal están. A menudo ocurría que estos pobres tipos se enfermaban en sus solitarias estaciones y morían completamente solos, encontrándoselos días después en estado de descomposición. En tales casos se amontonaban ramas secas o chiriviscos en la cabaña, se les prendía fuego y se quemaba la cabaña y se incineraba el cuerpo.

Nunca olvidaré una horrible incineración de esta clase; varios de nosotros estábamos extendiendo la línea bastante más allá del campamento o hasta “el frente”, como se le llama; al pasar por la cabaña de un anciano negro que tenía una estación para él solo, un olor que nunca olvidaré llegó a mis narices, un olor que una vez que se huele nunca se olvida. En seguida nos dimos cuenta de qué se trataba y el doctor de la compañía, quien iba con nosotros, dijo “se me hace que hasta aquí no más llegó el pobre Sam”. Se acercó a mirar desde la puerta (nosotros no pudimos) y cuando regresó nos dijo que Sam estaba en la litera de arriba, pues se trataba de una cabaña de dos literas. Llamamos a algunos negros y después de amontonar algunas ramas secas en el techo pajizo



y a los lados de la cabaña, le prendimos fuego. Sucedió que la puerta no estaba cubierta, de manera que mientras los lados se quemaban de vez en cuando podíamos ver el cuerpo entre las llamas y el humo; por horrible que parezca, la litera se quemó lo suficiente para dejar caer el cuerpo, pero al caer, una pierna se enganchó en la litera y se quedó colgando. Perdonadme estos detalles macabros, pero para terminar, uno de los negros tiró un palo a la litera con la esperanza de que se rompiera y soltara la pierna, pero la pierna se desprendió de su articulación y al caer el cuerpo, lógicamente ésta se quedó suspendida. Les ordenamos a los hombres que amontonaran más ramas secas y nos marchamos. Sé de por lo menos diez hombres que fueron incinerados y sin lugar a dudas hay muchos otros casos de los que no tengo conocimiento.

No contaré más historias lúgubres, pero siempre ocurrieron cosas horribles durante los años en que se estaba construyendo la vía férrea a través del pantano. De un grupo de por lo menos treinta hombres que vinieron de México después de que nosotros llegáramos, unos veinte están enterrados en los bosques tenebrosos a lo largo de la línea. La mayoría de ellos fueron enterrados cerca de un gran árbol para distinguir el lugar. Yo puedo pasar por la línea cuando sea y señalar muchos de estos pequeños camposantos. Uno de estos hombres, quien vino de México, se enfermó de fiebre y le dio hipo. Al final murió de hipo y resultó ser una muerte en extremo miserable; su último suspiro se confundió con el hipo. Algunos hombres se volvieron locos por la quinina y se suicidaron. Un pobre carpintero que trabajaba para mí se mató bebiendo. En realidad muchos acabaron igual, principalmente hombres blancos. Mi viejo carpintero murió sentado bebiendo. Un hombre de color que le hacía compañía estaba fuera y no regresó hasta después de algunas horas. Al regresar, encontró al viejo John sentado, muerto y rígido; envuelto en una frazada y aún sentado, lo enterramos.

Durante este tiempo tuvimos dos linchamientos. La historia de las sesenta millas de pantano es una historia de enfermedad, miseria y muerte, esta última causada principalmente por la fiebre, la diarrea y el aguardiente. Me doy cuenta de que es una historia cruel la que estoy contando, pero he visto

llover sin parar durante semanas y había tantos mosquitos que hasta teníamos que comer bajo un mosquitero, ya que sin uno que cubriese la mesa casi no se podía probar bocado. Otro método que usábamos contra los insectos nocivos era llenar una lata vieja con basura, prenderle fuego y sentarnos entre el humo; aquí simplemente se trataba de o morir ahogado por el humo o morir picado por los mosquitos y otros bichos.